

La actividad humana estará sujeta á ordenanzas; el monopolio se encargará de la direccion del trabajo; el señor gozará el privilegio esclusivo de otorgar ó denegar el permiso de dedicarse á la industria; fijará los precios de las mercancías, y dispondrá cerrar los talleres de cualquiera manufactura, con la misma facilidad que las casas de prostitucion.

No mas riquezas:

Una nacion, sea la que fuere, posee siempre un capital propio. La ley imaginará alguna ingeniosa combinacion para concentrar este capital en manos de la aristocracia, y así el despotismo firmará un pacto de seguridad mútua con la clase millonaria.

No mas economía:

Para evitar al pueblo la incomodidad de emplear por sí mismo lo sobrante de sus rentas, el despotismo se encarga de dar á los capitales la colocacion mas ventajosa: cual bomba aspirante, absorberá por medio del impuesto todo el numerario del pais, con la buena intencion de sostener la magnificencia de la córte y de estimular el comercio de sedería y demas artículos de lujo.

No mas amor:

Un cortesano descubre en cualquiera parte una rica heredera. El corazon de la doncella pertenece á su amante: tal vez tenga comprometida su palabra; pero el monarca dispone oficialmente de la jóven, y la desposa de real órden con el favorito que, cargado de deudas, necesita restaurar su quebrantada fortuna.

No mas familia:!

Este recién casado posee una mujer demasiado hermosa para que pueda conservarse por mas tiempo en el dominio privado, y una noche desaparece el marido. Nadie pregunta la causa, porque tendria que arrepentirse de su curiosidad. En cuanto á la esposa, algunos dias despues se pasea en carruaje y tiene el título de condesa.

No mas emulacion:

El hombre ya no labra su suerte por sí mismo: un ugier ó un palafrenero tiene el encargo especial de entregársela fabricada por mano del príncipe. Lacayo condenado á vivir postrado á los piés de otro lacayo como él, y que solo se diferencia por el brillo mas reluciente de su librea, ¿qué le importa el bien del Estado, ni que gima la patria entre cadenas? Un chiste ó una adulacion; la propicia recomendacion de una mujer bonita y elegante, son los verdaderos medios de progresar y de dejar atrás á nuestros rivales.

No mas moral:

Cuando el tirano considera como una injuria personal todo pensamiento noble y generoso, ¿quién cometería la heroica torpeza de sacrificar el goce, siempre mas cómodo del cuerpo, á la peligrosa satisfaccion de la inteligencia? Comamos y bebamos, ya que el señor nos permite hacer una digestion acompañada del éxtasis de la materia. Puesto que todo se encamina á reducir al pueblo á un estado de embrutecimiento, es preciso concederle los gustos de las bestias, cuando no sea sino con el fin de degradarle mas, y asegurarse contra las probalidades de su resistencia. En efecto, ¿qué temor puede inspirar el hombre que derrocha alegremente su patrimonio, y pasa la velada en el juego ó en las casas de prostitucion? Lo peor que puede sucederle, es que tenga algun dia que implorar la caridad pública para no morir de hambre. Entonces le arrojará el señor una limosna, y el miserable se irá á cenar en compañía de otros mendigos, bebiendo á la salud de su *bienhechor*.

IX.

Empero, ¿está dicho todo? No: hemos abierto la guarida de Caco, y debemos escudriñar todos sus rincones. Ya que el derecho de cada cual se limita á arrastrar una vida miserable y depravada, no quedará en este monton de estiércol apellidado hombre sino un sentimiento, el amor al oro: nada mas que un culto, el de la riqueza. Pero el dinero ganado legalmente se acumula con mucha dificultad: es preferible empujar la fortuna. El juego sustituye al trabajo: se juega; se engaña. ¿Qué es en definitiva el engaño en el juego? La rectificacion de la suerte.

El que hoy acaba de ganár un millon, caerá mañana en la miseria: ¿qué importa? Otro jugador lo ha ganado, y se encarga gustoso de derrocharlo en un instante. Nada de honor ni de moral: parece que el tiempo ha hecho pedazos su cuadrante. El hombre no ve mas que su *cuarto de hora*, y lo arriesga todo á la inspiracion ó al capricho. La sociedad parece vivir en un campo volante, como en los tiempos de la peste de Atenas.

El despotismo gusta de la prodigalidad entre los que le rodean, y esto por sentimiento y por cálculo: así se apodera mas facilmente de los cortesanos.

Iniciador del lujo mas desenfrenado, escita con su ejemplo una in-calificable emulacion de derrochar en suntuosos trajes, á cual mas extravagantes. A costa de inmensos sacrificios, llégase hasta la magnificencia mas estúpida, convirtiendo la criatura humana en la mas deslumbrante caricatura. En esta exhibicion de cintas y trencillas, la mujer se lleva la

victoria sobre el hombre: las mas caprichosas combinaciones de las modistas, y los vestidos confeccionados segun el arte de llamar la atencion, obtienen precios fabulosos. Entretanto, ¿quién paga la cuenta? Algunas veces el marido; pero con mas frecuencia es el honor ó la reputacion quien satisface las deudas de la vanidad: el privilegio de eclipsar á la vecina nunca se considera caro por mucho que cueste.

X.

Cualesquiera que sean las delicias del despotismo, considerado como un espléndido banquete ó un baile de máscaras, el pueblo no deja de tener su opinion propia, de la que pretende hacer uso. El despotismo goza, pues, del descrédito universal de los que conservan algun sentimiento de dignidad, y como no lo ignora, procura conquistar la admiracion por medio del terror.

Pero el terror mismo se infiltra en el corazon del déspota: el silencio que ha creado en torno de sí le infunde miedo, y en medio de las sombras que ha esparcido, su imaginacion le presenta de continuo horribles fantasmas: aquí cree descubrir la trama de una conspiracion; mas allá un atentado contra su existencia.

Así, de una á otra conspiracion, verdadera ó supuesta, el tirano vive esclusivamente ocupado en perfeccionar el arte de infundir espanto, apurando hasta el extremo el refinamiento de los suplicios; levanta un cadalso en cada esquina, y pródigo de la vida de sus vasallos, adornaria si posible le fuese el umbral de su palacio con una calavera.

Una numerosa policia esparcida por todos sus dominios, aguza el oido: su penetrante mirada escudriña las acciones mas inofensivas; rompe el sello de la correspondencia; penetra hasta el sagrado de la alcoba, y gracias al misterio que la cubre, á su incógnito, al sin número de elementos de que dispone, y á su felonía, en fin, destruye los vínculos mas sagrados que existen entre el hombre y hasta entre los cónyuges, revelando los secretos mas inviolables. Os rompeis el cráneo contra los muros de vuestro calabozo, preguntándoos: «¿Quién me habrá denunciado?» Tardía es la pregunta: ¿no tenia vuestra esposa un *director de conciencia*?

XI.

Si á lo menos aprovechase el tirano todo el poder absorbido por su despotismo... En su mano está, no hay duda, elevar ó abatir al que se

le antoje; nombrar virey á su palafrenero, y destituirle al dia siguiente. Puede, al frente de un ejército formidable, robar una provincia á su vecino; si este se opone, devastar sus estados á sangre y fuego, y si la poblacion conquistada hace resistencia, arrancarla del suelo patrio diseminándola á lo lejos como el polvo.

Todo esto está á su alcance: todo lo puede, escepto una cosa: hacer el bien. Tal vez tenga voluntad de dispensar algun beneficio á los que oprime; pero, ¿á quién se dirige para que ejecute sus órdenes? A un funcionario prevaricador, que se considera cómplice en todos los delitos de su señor, como la tripulacion de un buque pirata lo es de su capitán. Se le antoja reformar un abuso, y la conjuracion muda de la servidumbre oficial arrastra por el fango su palabra, ó le impide llevar á cabo aquella buena accion. Ni el mismo Dios terrible que nos pinta la Biblia, alcanzaria el triunfo si se propusiera luchar contra la resistencia pasiva de la burocracia.

XII.

¿Tiene al menos el despotismo el mérito de durar mucho tiempo? Este poder conservador no puede siquiera conservar su existencia. Cuando estalló la revolucion de Febrero, el despotismo, mas ó menos riguroso, reinaba en la mayor parte de Europa. ¿Dónde está? ¿qué se ha hecho de este poder tiránico y arbitrario? Preciso es ir hasta el Neva para encontrarlo.

El despotismo pretende establecer el orden por medio de la fuerza; pero existe siempre algo superior al hombre mas poderoso. Este algo, es el azar; una conspiracion en palacio; un capricho nacido en un cuartel: es la envenenada copa de Orloff, ó la servilleta de Beningsen. Lo que la fuerza ha cimentado, la fuerza lo derriba. ¿Quién, pues, reina á su sombra? Lo imprevisito: hoy Pedro, mañana Catalina, despues Rosas y últimamente Bustamente.

Alma brutal de la materia ciega, puede como esta producir un hecho pasajero; pero este hecho, ¿que es? Un instante lo engendra, un segundo se lo lleva: necesita para subsistir que su fuerza productora le reanime indefinidamente. Ahora bien, la fuerza permanente es como el movimiento continuo: no existe en este mundo. Cualquiera que sea el poder, siempre tiene un momento de debilidad: aquel momento es el que acaha la revolucion para arrancar su cetro de hierro al tirano.

XIII.

Corre veloz la nave á impulso de un viento favorable. El capitán da en voz alta sus disposiciones, que son obedecidas ciegamente por la subordinada tripulación. Aquel hombre parece satisfecho de la buena fortuna que preside á su viaje. No se ve un punto en el horizonte: el ardiente sol de los trópicos se refleja en las aguas de un mar tranquilo y terso como una plancha de acero.

Verdad es que al cruzar el puente ha sentido el marino bajo sus piés un calor mas intenso que los otros días; pero el sol cae con toda su fuerza en aquel instante, y por mas que las aves acuáticas lancen al pasar entre la arboladura lúgubres chillidos, no lograrán hacer creer al capitán en la proximidad del peligro.

Viene la noche y el marino se acuesta.

De repente, uno de los marineros de guardia abre una escotilla, y al instante sube de la cala una nube de humo: el incendio está á bordo, y el buque, que un minuto antes surcaba magestuosamente el ancho Océano, se hunde en el abismo con su cargamento.

Algun tiempo despues, se descubre en la orilla un cuerpo humano, cubierto de gusanos: es el cadáver del confiado capitán.

CAPÍTULO II.

La salud pública.

I.

Ha sido necesario hablar del despotismo para dar de él alguna idea, puesto que, ostensiblemente, ha desaparecido de Europa: solo queda Rusia donde despliega todavía su lujo de tormentos y verdugos, no obstante que esta nación semi-salvaje, envuelta todavía en las tinieblas de la edad media, tiende á salir de su abyección aboliendo la servidumbre.

Derrotada en Crimea por su propia dicha, la Rusia ha comprendido por la prueba brutal de los hechos, que el despotismo destruye su propia condición de existencia, es decir, la fuerza militar; porque no es el fusil quien hace el soldado, sino el hombre. El patriotismo, el entusiasmo, el sentimiento del deber, todo esto falta á ese ente que no sé si llamar Ruso, Cosaco, Tártaro ó Slavo; á ese sér mutilado, incompleto y moralmente impotente. En las naciones libres el soldado tiene por móvil de su conducta el amor á la libertad, el de la patria, y su propio honor. El valor del ciudadano se calcula en proporción de las virtudes que le adornan, y puede decirse que cada una de estas hacen un nuevo hombre de cada soldado. Así se explica cómo siendo muy inferiores en número, los griegos derrotaron á los persas y los holandeses á los españoles.